PROBLEMA DE LA VIVIENDA.—Para arreglar el problema de la vivienda lo único que hay que hacer es buscarle una solución eficaz. De esta manera todo el mundo tendría su plato.

PROBLEMA DE LAS DROGAS.—Hablemos de que la droga es perjudicial, tanto o más para la salud como para el bolsillo, lo que hay que conseguir es que nadie tome drogas. Y en el momento en que nadie tome drogas, el problema habrá desaparecido completamente.


TIP y COLL

Hay varias clases de turistas: el que se mata por visitar los tesoros de catedral, alocado por el sacristán de torno, y el que come sandía con casero en el chiringuito del puerto de la playa; el que ante cualquier monumento con cañas le acentúa la necesidad de preguntar al guía cuántos españoles nos descuartizamos mutuamente en la guerra civil y se admira de que todavía haya indígenas vivos para disputarse el sitio bajo la sombrilla del hotel y el que en seguida se hace amigo del sacerdote del pueblito; el que anda por ahí, folleto en mano, buscando barguesías con ta-racnas de nácar, arcones antiguos, braseros dorados o, en su defecto, pantalones de pana de pastor salmantino o esclavas de maizar lobos, y el que, fletado por los alores desde su país, atenta aquí sin enterarse de que ha llegado a España o a Turquía hasta que no ve en la tapia un cartel de toros y compra una banderilla envejecida con sangre de conojo, aprovechado después para la psicología: el que se trae hasta las cebollas de casa y aquí sólo consume sal de salinita muretana y el que habita en el Palais con perro tullido, pero abona la estancia a una compañía de viajes alicantina en Londres o en París y paga referencias de cámara con «Disneras».

LOS TURISTAS Y LA BANDERILLA

De todos los turistas del mundo, el mejor probablemente es el francés. No suele visitar acueductos, monumentos con cañas, museos de cerámica, ni el cono y el cuchillo asado bajo un sol de cinco centígrados, pero es capaz de descubrir, en un día torcido, la trayectoria de la sombra de un campanario de pueblo para apagar el coche en el sitio exacto y detectar la brisa de agosto en una quién y pillarse el abuelo de setenta años que vive en la casa de al lado y todavía no se había dado cuenta. El francés comprueba lo imprescindible: «Le Figaro», banderillas y gamas al ajillo; en cambio ha tenido la virtud de habernos descubierto rincones de nuestra geografía que sólo conocían los guerrilleros de la independencia, los maquis del cuarenta y cinco, o, moderadamente, el señor «El Lute».

Los turistas americanos contemplan nuestros monumentos con cara de querer y poder comprarlos, y es una lástima que no se aproveche la ocasión para hacer otro saco de divinas, porque gran parte de nuestras fachadas merecen ser vendidas. Pero como la catedral de Toledo no se vende, salvo que haya en los aledaños un listín que dé el timo, el americano opta por la banderilla y el «sandwich» de comedor. Por otra parte, los suecos en este país no existen. Sólo existen las suecas. Llegan, se extienden en la playa, se cargan el cuerpo de sol como una batería, algún paisano presume de haber ligado con una, se levantan de la arena aturdidas, pero tienen la suficiente inercia para comprar una banderilla y cogen en seguida el avión del frío.

Hay otras clases de turistas que entran por nuestra puerta sin llamar. Como estas, por aquí exactamente hasta el primero de septiembre, antes de que los bichos nos queden otra vez solos, cara a cara, los podremos vender más banderillas envejecidas, aunque sea con salas de tomate alcalinizado para levantar la agricultura. Porque la sangre del conojo se va a reservar para nuestras mejores esquetas; dentro de poco los clarines del ojeador levantarán la voz.

VINCENT